CONTESTACION

DEL

VICE-ALMIRANTE BLANCO ENCALADA

A LA

VINDICACION APOLOJETICA

DEL

CAPITAN WOOSTER

INSERTA

EN EL NUM. 37 DEL BAROMETRO

DE CHILE.

SANTIAGO:

IMPRENTA DE LA OPINION.

1836.

El autor de la *Vindicacion apolojética del capitan Wooster* inserta en el núm. 37 del Barómetro de Chile, me obliga á tomar la pluma contra mi natural pereza para este ejercicio y la repugnancia que siempre me acompaña de ocupar al público de mi persona. Pude desentenderme del manifiesto publicado por el señor don P. F. V. porque su apoyo solo está en una carta escrita desde aquí á otro individuo en Estados Unidos, y los hechos de que hace mérito, son bien conocidos en el pais; por lo tanto no me creí en la obligacion de rectificarlos. Pero callar despues que este señor ha creido que no podia elevar los servicios de su amigo, sin reducirme á un estado de nulidad en mi primera campaña con la escuadra de Chile, ocupándose en hacer un paralelo que está fuera del alcance de su saber, y ofendiendo gratuitamente y con ignorancia á un cuerpo ilustre en todo tiempo por sus conocimientos científicos: callar, repito, en estas circunstancias seria confirmar la idea que se ha propuesto el apolojista.

Dice este señor, "que se me confirió el mando en jefe de la escuadra en la primera espedicion, como á un distinguido militar que habia prestado importantes servicios en los ejércitos de tierra; pero que como marino compararme con Wooster es una necedad, de que me habré reido recordando la corta graduacion que tuve en la mari-

1) Pedro Félix Vicuña

na española, el poco tiempo que en ella permanecí y los ningunos conocimientos que podia adquirir en aquella escuela, considerada como la mas nula é insignificante de toda Europa." Pregunto ¿el gobierno de Chile, al confiarme el mando en jefe de una escuadra que tantos sacrificios costó al estado, en la cual se cifraban las esperanzas de los patriotas y los destinos no solo de Chile, sino de la América del Sur, no vió en mí mas que un distinguido militar de tierra? Jefes mui bravos y de relevantes servicios con superior graduacion habia en el ejército que debieron en este caso ocupar aquel puesto con preferencia á mí, que mui jóven entónces, solo era teniente coronel de artillería. Este señor me hace la justicia de confesar que mis servicios fueron importantes en los ejércitos de tierra; pero ¿por qué, penetrado de igual sentimiento, no me concede la capacidad necesaria para llenar las funciones con que el gobierno tuvo á bien honrarme confiriéndome el mando de la escuadra? Pero, ya se vé: ¡la escuela era nula é insignificante! La escuela que produjo los Juanes, los Ulloas, los Mazarredos, los Mendozas!!! Es cierto que solo serví seis años en la marina española; pero al abandonarla para venir á ofrecer mis débiles esfuerzos en favor de la independencia de mi patria, traia estudios hechos de mi facultad y la honra de haberme hallado en clase de guardia marina en el combate contra la escuadra francesa en Cádiz; servicio por el cual fuí ascendido al grado de alferez de fragata. Sinembargo, estoi distante de pretender que en aquella época poseyese la esperiencia de mar que da el ejercicio de muchos años; pero la poca que habia adquirido, y los conocimientos científicos y teóricos de la profesion

unidos al empeño y aplicacion con que siempre me he esforzado en llenar los cargos que se me han confiado, sin echar en olvido aquellos sentimientos de ambicion á la gloria tan naturales en un jóven militar, bastáron para desempeñarme sin necesidad de mendigar ajenos conocimientos, y sin que nadie pueda vanagloriarse de haber sido mi mentor; mucho ménos quien nunca estuvo cerca de mi persona. El jeneral Miller en sus memorias tomo 1. ° páj. 167 despues de hablar de la composicion heterojénea de la oficialidad y tripulacion de la escuadra y de los fatales pronósticos que se hacian, dice así—"pero el jefe de la escuadra ,, era un jóven, que á pesar de un cierto aire que ,, disgusta á primera vista, poseia afortunadamente ,, te las cualidades necesarias para establecer la ,, union, la armonía y el buen órden, cualidades ,, de mas importancia en aquellas circunstancias ,, que una gran destreza práctica." Esto y los documentos relativos á aquella campaña insertos en la Gaceta ministerial de aquella ápoca, y que se acompañan al fin, prueban que no fuí un mero espectador. La sencilla y fiel narracion de éstos, y las círcunstancias, de que jamas han sido contradichos y de haber sido escritos á presencia de todos los interesados sin que nadie se me insinuase como agraviado, sea por olvido de un hecho personal ó por apropiarme méritos de otro, impedirán que jamas se me defraude de la parte de gloria que me cupo como jefe de la espedicion. Se verá tambien la facilidad con que la fragata María Isabel salió del punto donde estaba encallada, y que si hubo mérito en esto, se debió al capitan Wilkinson del navío San Martin qne se hallaba en ella desde las seis de la mañana, por órden mia, para dirijir los trabajos. Creo de mi deber y de mi honor

esclarecer este hecho y no permitir que se usurpe una parte principal de los servicios que este jefe distinguido prestó á la patria en todas ocasiones. En la isla de Santa María *le dí* el mando de la fragata Isabel al capitan Wooster, cumpliendo con la oferta que le hice, para este caso, ántes de dar la vela de Valparaiso, y aunque no hago mencion de ello en mi parte, los mismos sucesos lo comprueban—Véamos lo que dice Miller en sus memorias tomo 1. ° páj. 174. "Poco despues
,, y con la mayor dificultad levó el ancla el San
,, Martin, pues el capitan Wilkinson y la mayor
,, parte de los oficiales y de la tripulacion estaba
,, a bordo de la fragata apresada, y los que que-
,, daban se hallaban rendidos absolutamente por
,, la exesiva fatiga y falta de descanso en las
,, cuarenta y ocho horas anteriores. Para aumentar
,, las dificultades, tocó el navío en un banco de
,, arena, donde solo habia dos brazas y media
,, de agua. En tal situacion lo alijeraron sacando
,, la aguada y soltando todo el aparejo, pasó el
,, banco y entró en mayor fondo," Esta es la barada de que tanto mérito se hace en el manifiesto y por el apolojista. Por la relacion que acabamos de leer se conocerá su poca importancia. Aunque Miller no nombra al capitan Wooster en aquellos momentos, sin duda porque consideró este servicio de poca monta, yo debo hacerlo para satisfaccion de sus amigos, bien que no encuentren en él aquella magnitud que desean. Pasando el navío por el filo del banco, se encontró detenido por el centro, manteniendo un pequeño movimiento jiratorio; en el momento hice arriar y cargar las gavias, se echó el bote al agua, y el primer teniente del navío fué á sondar por la proa, para reconocer si habia mayor fondo, y se

vaciaron algunas pipas de agua; durante este intervalo, el capitan Wooster que seguia las aguas del navío, con la Lautaro, arribó y dejó caer el ancla. Pasó á bordo del navío y en el momento que se me presentó le dije: *Tome V. el mando del buque, aquí nadie me entiende.* Al poco rato volvió el primer teniente del navío diciéndonos que era de opinion que se largasen las velas por que habia mas agua á proa, y conviniendo con lo que decia, se cazaron las gavias, se descargó el trinquete, y el navío salió. Esta maniobra fué mandada por el capitan Wooster que continuó algun tiempo despues en el navío. En esa misma noche me encontré en mayores conflictos, agravados aún por la imposibilidad de hacerme entender de los marineros. Miller lo esplica en estos términos: "El único oficial de la escuadra que
,, habia á bordo, exceptuando el jefe de la escua-
,, dra, era el primer teniente Ransay, que el dia
,, anterior habia quedado sordo por los efectos
,, del fuego, y estaba tan ronco que con dificul-
,, tad podia hacerse oir; y como Blanco no sabia
,, el ingles, no le era posible dar órdenes por sí
,, mismo á los marineros estranjeros. Miller, el
,, cirujano Green y el contador eran las únicas
,, personas capaces de comunicar una órden; pero
,, como ninguno de ellos entendia la maniobra,
,, llegaron las circunstancias á ser verdaderamen-
,, te aflictivas." A pesar de estos nuevos peligros que detalla con exactitud el jeneral Miller, y del embarazo en que me encontraba, se logró superar al cabo tantas dificultades, y conseguí reunirme á la Isabel al dia siguiente.

Otro error se advierte en el manifiesto de Wooster cuando dice: que apresó siete transportes y los condujo al puerto. El segundo parte

dado á mi llegada á Valparaiso ilustrará al señor don P. F. V. que no fueron mas que tres, y tomados por la escuadra; los dos restantes los apresó la Chacabuco mandada por el capitan Diaz, como consta por el parte del capitan del puerto.

A los pocos dias de mi llegada á Valparaiso, llegó el Lord Cochrane, á quien se habia hecho venir de Inglaterra para darle el mando en jefe de la escuadra. El gobierno, en aquel momento, se encontró vacilante sobre la conducta que debia observar, y luchando entre los compromisos contraidos con éste, y la injusticia que creia cometer separándome del mando en jefe de una escuadra á cuya creacion habia yo contribuido, y con la cual en su primer ensayo habia asegurado el dominio del pacífico, arrastrado sin duda por sus sentimientos en mi favor, me ordenó dar la vela para las costas del Perú, en el término de ocho dias, salvando de este modo los compromisos del momento. Todos los capitanes (y el señor Wooster el primero) y los oficiales de la escuadra, se me habian presentado manifestando su repugnancia á ponerse á las órdenes de Cochrane y sus deseos de seguir sirviendo á las mias. Sinembargo, deseoso por mi parte de sacar al gobierno de la penosa fluctuacion en que se hallaba, y satisfecha mi ambicion con la honra de servir á las órdenes de un jefe por tantos títulos ilustre, declaré á dichos capitanes y oficiales que mi resolucion estaba tomada; que iba á ponerme en marcha para la capital á suplicar al gobierno se sirviese dar el mando de la escuadra al Lord Cochrane: mando de que yo me desistia gustoso por las circunstancias embarazosas que aflijian á aquel; y tambien por el respeto que me inspiraba la incontestable supe-

rioridad de este insigne marino. Supliquéles, al mismo tiempo, á nombre de esa amistad y cariño que me manifestaban, no dieran la menor muestra de oposicion á mi resolucion. Así lo hice y puedo añadir que tanto el gobierno como el jeneral San Martin, se sorprendiéron de mi desprendimiento.

Se dió el mando en jefe de la escuadra al Lord Cochrane y yo quedé de su segundo. El Director O'Higgins, sus ministros en aquel tiempo los señores Zenteno é Irisarri, el jeneral San Martin y Miller, que me servia de Intérprete en las conferencias con los capitanes y oficiales, pueden deponer sobre la verdad de este hecho. El mismo Cochrane lo supo, y fué un principio favorable de la amistad y atencion que me dispensó todo el tiempo que estuvimos juntos en la escuadra. Jamas este jefe, en todos los casos en que tuve que obrar por separado con mi division, me dió otras órdenes que éstas: *almirante Blanco, el objeto que me propongo es tal cosa; opere V. como le pareciere.*

El capitan Wooster volvió á tomar el mando de la Lautaro, porque Cochrane montó la María Isabel; y en los momentos en que la escuadra daba la vela para el Callao, se presentó á bordo del almirante, estando yo presente, y le dijo *que él no estaba listo en aquel instante, y que no podia levar el ancla hasta el dia siguiente.* Cochrane le contestó que las órdenes que él daba debian cumplise, Wooster renunció y se dió el mando de su buque al capitan Guise.

El año veinticuatro el gobierno determinó armar la escuadra por la noticia de que fuerzas superiores españolas venian á estos mares, y me nombró nuevamente comandante en jefe de ella,

ascendiéndome al grado de Vice-almirante, último de la carrera.

A mi llegada á Valparaiso me encontré con Wooster que habia sido incorporado al servicio en el año veintidos, y que despues de haber concluido con la comision que se le confió en aquel tiempo, desarmado su buque, habia quedado sin destino y con solo su empleo de capitan de fragata. Le propuse entónces al gobierno á fin de que se le diese el mando de la Lautaro, y por mi recomendacion obtuvo el grado de capitan de navío.

De la campaña de Chiloé en el año veinticinco no me ocupara, á pesar de que en el manifiesto quiere darse á entender que Wooster iba de jefe de la escuadra; porque aunque se dice que el Aquiles llevaba la bandera de almirante, no se esplica la razon, y por otra parte en la lista de los oficiales estranjeros está puesto como Contra-almirante y comandante en jefe en el mar del sud desde el año veintidos. ¡Rara equivocacion por cierto! Pero no puedo prescindir de hablar de la carta que se encuentra en el manifiesto dirijida á Wooster por un ciudadano respetable que ha ocupado la primera majistratura, y cuyos asertos deben ser considerados tanto mas poderosos. El señor Vicuña, cediendo en aquellos momentos á los impulsos de una tierna amistad, ocupado su corazon de solo su amigo, dejó correr su pluma talvez con sobrada inconsideracion, sin advertir que con unos elójios tan exajerados y esclusivos, ajaba el mérito, no solo del jefe de la escuadra sino de los bravos capitanes Cobet, Postigo y Winter que participaron como Wooster de los mismos peligros y prestáron iguales servicios. En el parte que el Director Freire dió de esa campaña y en una

memoria que se publicó despues estan detallados; pero creo oportuno recordar los que tocan á la escuadra y publicar algunos que entónces se omitieron.

Nos hallábamos en el Puerto de Valdivia, y prontos para seguir nuestro destino á Chiloé, sin que el Director me dijese una sola palabra sobre el plan de campaña que se proponia ejecutar. Me dirijí al jeneral Borgoño, como jefe del estado mayor del ejército y le pregunté, si sabia lo que el Director Freire pensaba á este respecto. Me contestó que nada sabia tampoco, y me instó para que se lo preguntase á él mismo; así lo verifiqué en primera oportunidad. El plan del Director era dirijirse en derechura al puerto de San Cárlos y entrar á toda costa con la escuadra y trasportes, para ejecutar su desembarco cerca de la ciudad. Conferenciando particularmente con el jeneral Borgoño sobre lo aventurado de esta operacion, en un puerto bien fortificado y de fuertes corrientes y bancos con unos trasportes excesivamente empachados, algunos pesados y faltos de tripulacion; convenimos en que seria mas prudente desembarcar en el Ingles, y que el ejército marchase por tierra hasta Balcacura, miéntras que yo con solo los buques de guerra forzaria la entrada del puerto de San Cárlos, para trasportarle á la costa del frente. Este plan fué propuesto al Director que lo aceptó gustoso; y desde ese momento el jeneral Borgoño se ocupó en dar las órdenes á los comandantes de los cuerpos detallando la forma en que debian desembarcar.

En la tarde del 9 de enero que fondeámos en el Puerto Ingles, soplaba el viento del norte bastante fresco. El Director Freire, por un arran-

que de valor, y sin calcular los inconvenientes, abandonando repentinamente el plan ya convenido, me dice: *Almirante Blanco, vámonos adentro del puerto de San Cárlos.* Le repliqué, haciéndole ver que era una operacion aventurada, que comprometia la suerte de la espedicion, y que el plan convenido no ofreciendo ningun obstáculo creia imprudente variarle. Insistí en esta resolucion y convocados los capitanes de la escuadra, cada uno se creyó honor suyo opinar por la entrada al puerto; lo que inflamó mas al Director. Reunidos despues al consejo de guerra todos los coroneles y comandantes de los cuerpos, tomé la palabra para apoyar mi opinion. El Director Freire interpeló nuevamente á los capitanes de la escuadra, y Wooster el primero opinó porque se podia entrar. Interrogado por mí si respondia de los resultados de esta operacion, me contestó: *yo respondo del Aquiles.* Entónces le repliqué, que pues yo era responsable en el todo de las operaciones en la mar y veia comprometida en aquella resolucion la suerte de la espedicion, me oponia á ella. El Director parecia desconfiar de que los buques de guerra entrasen en el puerto al tiempo oportuno, ya por falta de viento ó por tenerlo contrario. Para tranquilizarlo sobre este particular le aseguré que entraria de cualquier modo, ó me echarian á pique; y que si no cumplia mi palabra me mandase fusilar. El jeneral Borgoño y coronel Beauchef tomaron la pablabra apoyando mi dictámen, y á su ejemplo se decidió la pluralidad del consejo. Los resultados probaron despues el tino y circunspeccion de esta medida.

El ejército desembarcó en el puerto Ingles

el dia 10, y al siguiente por la mañana entré en el de San Cárlos con el Aquiles, Independencia, Chacabuco y Galvarino; y la causa de que en esta operacion sufriese mas el Aquiles, fué porque yo le montaba y mi insignia de almirante ondeaba al tope mayor de dicho buque, que reconocida por los enemigos dirijian sus fuegos con preferencia sobre él. Poco tiempo despues los botes de la escuadra tomaron una lancha del enemigo. En este dia el Director con todo el ejército llegó á Balcacura, y el dia 13 fué transportado á la costa del frente por las lanchas y botes. Confié esta operacion al capitan Wooster que me servia en aquel momento de capitan de bandera. En la tarde salté á tierra para combinar con el Director y el jeneral Borgoño las operaciones que se debian practicar: como el ejército no podia emprender su marcha mas que por la costa, el Director me manifestó el temor, mui fundado, de que pudiese ser incomodado por las lanchas enemigas; las que, despues de frustrada su resistencia á mi entrada al puerto, se retiraron al muelle bajo batería y protejidas por trecientos hombres de infantería que estaban en aquel punto. Mi contestacion al Director fué: *yo las atacaré esta noche con los botes de la escuadra, y me avanzo á ofrecer á V. por lo ménos dos de ellas.* El Director me respondió: *Con una me contento.* La confianza anticipada con que yo hablaba nacia del conocimiento del valor de los oficiales y tripulaciones de la escuadra, y de que la esperiencia me ha enseñado que los golpes de mano mas atrevidos son los ménos esperados, y por lo tanto los que tienen mejor resultado, pues igual empresa ejecuté con suceso en el bloqueo del Callao, con

los botes de la María Isabel mandados por el capitan Simpson, á pesar de mayor oposicion y de la vijilancia del gobernador Rodil. En efecto, me regresé á bordo de la Isabel que se hallaba ya en el puerto, y á las oraciones hice la señal á los buques de guerra de mandar á mi bordo todos los botes armados y tripulados con oficial: así lo hicieron, les declaré el servicio á que eran destinados, exorté su valor y dí el mando de ellos al valiente capitan Bell, á quien dí mis instrucciones.

A las doce de la noche desatracaron de la Isabel, y á las tres de la mañana abordaron y tomaron tres lanchas, escapando las tres restantes á favor de la oscuridad. Al romper el dia el ejército reconoció el triunfo de los botes que traian á remolque sus presas, y los gritos de *viva la marina* se repitieron en él.

Luego que las lanchas apresadas llegaron á mi bordo, me ocupé en dotarlas y tripularlas, igualmente que á la tomada anteriormente, para atacar el castillo de Puquilligüe que detenia la marcha del ejército, y que reconocí débil por la parte del mar. En esta ocupacion me encontró don Pedro Palazuelos y Astaburuaga, secretario jeneral del Director, enviado por éste para informarme de su parte que la posicion de Puquilligüe era inespugnable por tierra, y que deseaba nos viésemos para acordar lo que se debia hacer, pues creia encontrarse en la necesidad de embarcar ochocientos hombres, en las lanchas que yo habia tomado al enemigo, y ejecutar un desembarco en el muelle de San Cárlos. Le contesté: *voi á practicar una operacion, que si no tiene felices resultados, me iré con V. á donde está el Director Freire; miéntras tanto permanezca V. á mi bordo,*

Listas las lanchas, ataqué el castillo de Puquilligüe; y el jeneral Borgoño, que conoció en el momento la importancia del ataque, despues de hacer presente al jeneral en jefe la necesidad de cooperar á esta operacion, tomó las cuatro piezas de artillería volante que tenia y atacó con vigor el frente de la posicion. Los resultados fueron la toma de ella, y por consiguiente quedó allanado el camino para dirijirse al enemigo, que se hallaba con todas sus fuerzas en las alturas de Bellavista. Hasta aquí los servicios de la escuadra: lo demas pertenece al ejército, el que repetia entónces y lo dirá siempre: *la marina nos abrió las puertas de la victoria.* He concluido mi relacion. De la campaña de Talcahuano, presento los documentos, y por lo que hace á la de Chiloé, hablo en presencia de los jenerales Borgoño y Aldunate, coroneles Beauchef y Frutos, comandante Godoi, don Pedro Palazuelos y de todos cuantos tuvieron la honra de hallarse en tan gloriosa empresa. No temo ser desmentido. Jamas me he vanagloriado de ciertos hechos, de que nunca se hizo mencion, y que solo ahora publico, atacado en la propiedad mas sagrada, y que á costa de su vida debe sostener un militar—la reputacion que sus servicios le han granjeado.

Santiago julio 18 de 1836.

Manuel Blanco Encalada.

DOCUMENTOS.

Parte que da el comandante de la primera division de la escuadra de Chile, capitan de navío don Manuel Blanco Encalada, á S. E. el Supremo Director del Estado.

Exmo. Sr.—El dia 10 del próximo pasado dí la vela del puerto de Valparaiso con la escuadra de mi mando compuesta del navío Jeneral San Martin de sesenta cañones, la fragata Lautaro de cuarenta y seis, corbeta Chacabuco de veinte; y el bergantin Araucano de diez y seis. El viento era del S. E.: tomé la vuelta del O. hasta perder la tierra de vista, segun las últimas órdenes de V. E. lo que se verificó al dia siguiente. A las once del dia abrí el pliego cerrado que llevaba para este caso, y enterado de la comision que V. E. se dignaba conferirme, dirijí mi derrota á la isla de la Mocha; pero calculando que el convoi enemigo traía una navegacion larga, me resolví á hacer la mia cruzando la derrota que deberia traer si continuaba para Lima. Es verdad que de este modo la dilataba un poco mas; pero lograba dos objetos; el primero, mui probable, de encontrar el convoi; y el segundo, el tener tiempo suficiente para poner toda la escuadra en el mejor estado para batirse, lo que puedo asegurar á V. E. que trabajando noche y dia lo hemos logrado á los quince de nuestra salida. El catorce en la noche se me separó la corbeta Chacabuco, ignorando hasta el treinta y uno que se me reunió la causa que lo motivó. El veinte y seis á las doce del dia me hallaba en el paralelo de Talcahuano, distante diez ó doce leguas del puerto. A la misma hora dí la órden al bergantin Araucano fuese á reconocer si habia en él algunas embarcaciones y la clase de ellas, reuniéndose luego que cumpliese su comision á la escuadra que debia esperarlo en la isla de Santa María. A las siete de la tarde me puse sobre dicha isla, y tratando de buscar el fondeadero avistamos una fragata que se hallaba fondeada, la que tuvimos por enemiga; pero entró la noche y no pudimos reconocer mas. Sinembargo, con la ventolina que tenia del N. me determiné ir á fondear cerca de ella y esperar que amaneciera lo que ejecuté á las tres de la mañana. Al amanecer del veinte y siete reconocimos ser una

fragata inglesa ballenera que habia diez dias estaba en la isla. Nos dijo que una fragata de guerra española, llamada María Isabel, habia pasado para Talcahuano el dia veinte y dos, dejando cinco hombres en tierra, los cuales creyéndonos buques del convoi, pues teniamos arbolada la bandera española, se vinieron á bordo trayéndome un pliego cerrado del comandante de la María Isabel, el que contenia una órden para todos los capitanes de los transportes para que fuesen inmediatamente al puerto de Talcahuano, dándoles las señales que les debia hacer sin las cuales les advertia no entrar. Por estos cinco hombres supe que llegaron ántes que la fragata cuatro transportes que echaron la jente en tierra, y que se hallaban en Concepcion á las órdenes de Sanchez. Me dijeron tambien que por Arauco tenian noticia que habian llegado cuatro mas. Con estas noticias no vacilé un momento, me dirijí sobre Talcahuano con ánimo resuelto de batir la fragata y todas las embarcaciones en su mismo fondeadero. Sentia en aquellos momentos haber separado el bergantin Araucano y mucho mas la falta de la corbeta Chacabuco. Pero ambicioso de que la marina de Chile señalase la época de su nacimiento por la de su gloria, resolví sacrificarme por ella en este dia, ó ponerla de un golpe á un grado de elevacion que los ojos de la Europa alcancen á distinguirla. Hice venir á bordo al comandante de la fragata Lautaro: le dije mis intenciones, y juntando al comandante del navío les manifesté mi plan de ataque y aprobado por ellos no pensé mas que en ejecutarlo. A las ocho de la noche nos hallábamos frente de la Quiriquina y en calma. Así pasamos la noche. Amaneció el veintiocho con ventolina del norte y mucha cerrazon: tomé la vuelta de afuera hasta las ocho en que el viento se entabló del norte y el horizonte se despejó, y viré por avante en busca del puerto. A las once de la mañana avistamos por la Boca Chica la fragata de guerra, que tiró un cañonazo y puso una bandera encarnada al tope mayor: le contesté con otro y la bandera inglesa. A las doce doblé la punta N. de la Quiriquina y amollé en popa sobre el puerto, y reconocimos que la fragata estaba sola. Poco ántes de enfrentar la punta de Arenas afirmó su bandera española, le contesté con otro cañonazo manteniendo la bandera inglesa, y cargué el trinquete: luego que me puse á tiro de cañon

me dirijió un tiro con bala, que no contesté y aferré los juanetes. A los dos ó tres minutos me tiró cuatro ó cinco balazos; al momento hice arriar la bandera inglesa é izar la nacional de Chile, sin disparar un solo tiro, y le puse la proa; manifestándole unas intenciones mas atrevidas. Al poco rato nos descargó todo su costado, picó los cables, izó el foque, cazó la sobremesana, y se fué á barar á la playa. Pero la tenia tan cerca que desde su popa rompieron el fuego de fusilería. Entónces dí la órden al comandante del navío de fondear y romper el fuego, lo que ejecutó con la mayor brevedad, dándole una descarga en la orzada. Inmediatamente le dí la órden á la Lautaro, que seguia las aguas del navío, de virar por redondo y hacer la misma maniobra, lo que ejecutó con igual destreza; y la fragata Reina María Isabel arrió su bandera española, arrojándose al agua mucha parte de su tripulacion que no pudieron alcanzar los botes. Inmediatamente envié á su bordo á los tenientes de marina don Nataniel Bell y don Guillermo Santiago Compton con 50 marineros para tomar posesion y tratar de sacarla. Habia á bordo 70 hombres y un teniente del rejimiento de Cantabria y 5 pasajeros; los que me informaron que Sanchez tenia 1000 hombres veteranos y 7 piezas de artillería en Concepcion, lo que me hizo determinar á desembarcar 150 soldados de marina y algunos artilleros al mando de sus oficiales á tomar la posicion que me dijeron ser ventajosa en el porton de la plaza, con el objeto de evitar enviasen de Concepcion algunas fuerzas de artillería y me impidiesen sacar la fragata que estaba barada á tiro de piedra de la playa; pero con la órden de retirarse si acaso eran atacados por una fuerza superior, teniendo los botes listos al cargo de un oficial de marina para su reembarco. A la media hora de haber saltado en tierra, y ántes de llegar al punto señalado, los veo atacados por una fuerza mui superior, y tuve el mayor placer de ver batir los soldados de marina y artilleros con un valor sin igual, sosteniéndose mútuamente en su reembarco animados por sus valientes oficiales. El navío y fragata Lautaro no podian hacer ningun fuego sin ofender á nuestros mismos soldados que se hallaban casi por medio, pero la María Isabel lo hacia con sus cañones de proa á metralla. Siguió la noche y el viento refrescaba mas del N., y tanto que

me hacia perder la esperanza de sacar la fragata. A las 12 de la noche empezó á llover bastante: á las 2 escampó y el viento quedó casi calma. De las 2 y media á 3 de la mañana, trataron de abordarla con tres lanchas que tenian en tierra, las que fueron rechazadas del mismo costado, pues habia 70 hombres de tropa á bordo. Persuadido de que durante la noche pondrian sus baterías para batirnos al amanecer, me determiné á sostenerla á toda costa. Ordené al comandante del navío tender un anclote sobre tierra para cobrarse por él y ponernos por la aleta de la Isabel á medio tiro de cañon de la playa: así lo verificó con la mayor prontitud, y amanecimos en esta situacion, que vista por la marinería y tropa que estaban en la María Isabel recibieron nuevo valor. Los enemigos tenian su infanría á cubierto con las mismas casas del pueblo por la proa de la fragata. A las 5 de la mañana rompieron el fuego de fusilería sobre ella, que les contestaba del mismo modo, y á mas con los dos cañones de proa. A las 6 empezaron el de su artillería colocada en el castillo de San Agustin, dirijiendo todos sus tiros al navío y botes que trabajaban. El primero recibió en su casco trece balazos, pero ninguno de consideracion. En retorno el navío, la Lautaro y María Isabel hacian un fuego tan acertado que sofocaban los suyos y les obligaban á callar inutilizándoles dos piezas. A las 11 de la mañana el viento vino del sur bastante fresquito. En la María Isabel, que no esperaban otra cosa, dejando las armas de la mano, acudieron todos á la maniobra: cazó la sobremesana y perico; y haciendo por el anclote, que tenia por su popa, consiguió salir. No puede V. E. imajinarse la sorpresa que causó á los enemigos, pues el fuego cesó de repente, y unos y otros no hacíamos mas que mirar la fragata hasta que el grito de VIVA LA PATRIA resonó en todas las embarcaciones al mismo tiempo; pero los enemigos no interrumpieron su silencio, pues no volvieron á tirar mas que un solo tiro. Inmediatamente piqué el anclote que tenia sobre tierra, dejándome caer sobre el ancla, quedando de este modo, aunque no fuera de tiro de cañon, sí bastante distante.

A las 3 de la tarde dí la vela con destino á esta isla, saludando á la plaza con 21 cañonazos. El 31 á las 4 de la tarde fondeé en este punto, en donde espero 6 trasportes que faltan del convoi, pues si no han arriba-

do al Rio Janeiro, deben venir aquí forzosamente. Cuatro de ellos han pasado para Lima, y no ocho como se me dijo al principio. La corbeta Chacabuco la mantengo cruzando sobre la Quiriquina.

Este ha sido el ensayo de la marina de Chile, obra de V. E.—Espero que en lo sucesivo ella sabrá merecer mas y mas la confianza y amor de los pueblos, que prestan sus sacrificios para sostenerla.

Pocas veces se presentará una accion mas apropósito para conocer el mérito particular de cada individuo: en ésta todo oficial ha tenido que dar pruebas nada equívocas de su valor, conocimiento y actividad. Yo los recomiendo á V. E. incluyendo sus nombres, en particular los comandantes y capitanes de fragata don Guillermo Wilkinson y don Carlos Wooster. Ellos han establecido la mejor disciplina en sus respectivas embarcaciones, han mostrado su valor ejecutando las maniobras que les ordenaba con la mayor prontitud y perfeccion; no perdonando sacrificio por lograr el mas feliz éxito de la empresa. A los tenientes de marina don Nataniel Bell, don Guillermo Santiago Compton, don Santiago Ramsay, don Agustin Beson, don Federico Bergman, el capitan de artillería graduado de mayor don Guillermo Miller; los de infantería de marina don Juan Young, don Agustin Soto y mi primer ayudante de órdenes el teniente de marina graduado mayor don Martin Warnes, todos del navío jeneral San Martin. A los tenientes de marina de la fragata Lautaro don Juan Helly, don Ricardo Peasson, don Santiago Huthinson, don Guillermo Winter, don Guillermo Malozo, Mathews, el piloto, don Juan Lacoson, al capitan de artillería don Juan Mannis, teniente de infantería de marina don Francisco Arias con toda la tripulacion y tropa de ámbas embarcaciones que son acreedores á las gracias de la patria. Por nuestra parte solo hemos tenido 27 muertos y 22 heridos.

Dios guarde á V. E. muchos años. Navío jeneral San Martin á la ancla en el puerto de la isla de Santa María á 5 de noviembre de 1818.

Exmo. Sr.—*Manuel Blanco Encalada.*—Exmo. Sr. Supremo Director del Estado de Chile.

Parte que comunica al señor Ministro de Guerra y Marina el capitan de navío don Manuel Blanco Encalada, comandante en jefe de la primera division de nuestra escuadra Nacional.

En este momento que son las 11 de la mañana, acabo de fondear en este puerto con la escuadra de mi mando, la fragata Reina María Isabel, y tres trasportes mas del convoi enemigo, que conducian desde Cádiz 606 soldados, y 36 oficiales, de los cuales han muerto en la navegacion 213 de los primeros, teniendo enfermos 277, y solo el pequeño resto sanos, pero moribundos de necesidad— Dichos trasportes son las fragatas Dolores, Magdalena y Helena, que fueron tomadas en los dias 11, 12 y 14 del presente en el puerto de la isla de Santa María donde se dirijian creyéndonos sus compañeros, pues desde el momento que avistaba una embarcacion izaba la bandera española, y la María Isabel les pedia el número, el que daban en el momento viniéndose á fondear á nuestro costado, en que eran desengañados por un cañonazo con bala y la bandera nacional—Al bergantin de guerra Galvarino, que habia llegado el dia anterior, me ví en la precision de detenerlo por la falta de marineros para tripular las presas ordenándole lo hiciese en la primera—El bergantin de guerra Intrépido de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, se me incorporó el 12 á poco rato despues de haber hecho la segunda presa. Como su capitan se puso bajo mis órdenes, le dí tambien la de tripular dicha presa, ejecutándolo el navío en la tercera—El dia 14 á las 8 de la noche dejé la isla de Santa María: al amanecer estuve con la corbeta Chacabuco que cruzaba sobre la Quiriquina, la cual recibió la órden de dirijirse á la dicha isla y permanecer en ella hasta el 30 del presente mes, si no llegan ántes los tres trasportes que faltan, que infiero hayan arribado ó perecido en la mar segun el estado en que han llegado los que tengo el honor de ofrecer á la disposicion de V. S.—Dios guarde á V. S. muchos años. Navío San Martin á la ancla en el puerto de Valparaiso 17 de noviembre de 1818—*Manuel Blanco Encalada*—Señor Ministro de la Guerra y despacho de Marina.

Parte que comunica el señor gobernador de Valparaiso al señor Ministro de Guerra y Marina.

Ha fondeado en este instante la corbeta de guerra nacional denominada Chacabuco y dos fragatas mas españolas, últimos restos del convoi. El parte de la capitanía del puerto es como sigue—

Señor gobernador—Va á fondear la corbeta del estado Chacabuco, su comandante don Francisco Diaz, que conduce 2 fragatas españolas prisioneras, restos del convoi español. Son 2 transportes: la una se llama Rosalía y la otra la Carlota. Ambas salieron de Cádiz bajo la escolta de la fragata Reina María Isabel, y conducen las dos 140 hombres de tropa.—Capitanía del puerto y noviembre 22 de 1818—*Juan José Tortel.*—Señor gobernador de la plaza.

Tengo el honor de transcribirlo á V. S. para su conocimiento y el del señor Supremo Director—Dios guarde á V. S. muchos años. Valparaiso noviembre 22 de 1818—*Luis de la Cruz*—Señor Ministro de estado en los departamentos de Guerra y Marina, coronel don José Ignacio Zenteno.—(Gaceta Ministerial.)